

● ● ●
miscelánea

E. L. DOCTOROW



LA FERIA DEL MUNDO

Traducción de César Armando Gómez



LA FERIA
DEL MUNDO

E. L. DOCTOROW

LA FERIA
DEL MUNDO

Traducción de César Armando Gómez

m...
miscelánea

Título original:
World's Fair

© E. L. Doctorow 1985

Primera edición: septiembre de 2010

© de la traducción: César Armando Gómez
«Traducción cedida por Editorial Planeta, S.A.»

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
www.miscelaneaeditores.com
info@miscelaneaeditores.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-937228-4-5
Depósito legal: B. 29.309-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para R. P. D.

Y aquí está el cosmorama, rodeado de niños...

WORDSWORTH,
El prelude

ROSE

Yo había nacido en la calle Clinton, en el Lower East Side. Era la penúltima de seis hijos, dos chicos y cuatro chicas. Los chicos, Harry y Willy, eran los mayores. Mi padre era músico, violinista. Siempre se ganó bien la vida. Él y mi madre se habían conocido en Rusia y allí se casaron, y más tarde emigraron. Mi madre también procedía de una familia de músicos, y de ahí vino, tiempo adelante, el encontrarse con mi padre. Algunos de sus primos eran muy conocidos en Rusia; uno de ellos, violoncelista, incluso había tocado para el zar. Mi madre era muy guapa, menuda, con una larga melena dorada y ojos azul pálido. Mi padre solía decirnos: «¿Y vosotras os creéis guapas? Teníais que haber visto cuando vuestra madre y sus hermanas pasaban por la calle, en nuestro pueblo. Todo el mundo se volvía a mirarlas, tan esbeltas y con aquel porte tan elegante.» Supongo que no quería vernos hechas unas presumidas.

Tenía yo cuatro años cuando nos mudamos al Bronx, a un gran piso cerca del parque Claremont. Era buena estudiante; iba a una escuela pública, la P.S. 147, en la avenida Washington, y cuando acabé allí pasé a un instituto, el Morris. Completé los cursos y me gradué; volví a matricularme para estudiar comercio, y

aprobé las suficientes asignaturas para volver a graduarme si quería. Entonces sabía escribir a máquina, contabilidad y taquigrafía. Era muy ambiciosa. Me había pagado las clases de piano tocando para acompañar películas. Miraba a la pantalla e improvisaba. Mi hermano Harry y mi padre solían sentarse detrás de mí para encargarse de que nadie me molestase; los cines eran todavía muy primitivos e iba mala gente. Al acabar mis estudios, encontré un empleo como secretaria privada de un conocido hombre de negocios y filántropo, Sigmund Unterberg. Había hecho el dinero con un negocio de camisas y ahora pasaba gran parte de su tiempo trabajando para organizaciones judías, asistencia social y ese tipo de cosas. En ese campo no había entonces burocracia oficial ni programas, como ahora; todo lo que tenía que ver con la caridad era cosa de los particulares y las organizaciones que ellos creaban. Yo era una buena secretaria; cuando mister Unterberg me dictaba una carta podía tomarla directamente a máquina sin un error, de modo que cuando él terminaba yo había acabado también y la carta estaba lista para que la firmase. Eso hacía que yo le pareciese maravillosa. Su esposa, una mujer encantadora, solía invitarme a tomar el té, a alternar con ellos. En esa época tendría yo unos diecinueve o veinte años. Me presentaron a un par de chicos, pero no me gustaban.

Por entonces estaba ya interesada por tu padre. Nos conocíamos del instituto. Era guapísimo, con una gran facha, y un buen deportista; de hecho, fue así como lo conocí, en las pistas de tenis; las había de tierra batida en el cruce de la avenida Morris y la Calle 170 y los dos íbamos allí a jugar. Entonces se jugaba al tenis con falda larga. Yo era una buena jugadora, me gustaba el deporte, y así fue como nos conocimos. Me acompañó a casa.

A mi madre no le gustaba Dave. Le parecía demasiado loco. Si yo salía con otro chico, ya sabía que iba a estropearme la cita. Rondaba mi casa aunque no hubiésemos quedado, y cuando veía

que venía otro a buscarme hacía cosas terribles, organizaba una pelea, nos paraba y se ponía a hablarme cuando estaba con el otro. Le advertía que me tratase con respeto o se le iba a caer el pelo. Naturalmente, algunos se asustaban y no volvían. Era un fastidio, me ponía furiosa, pero lo cierto es que nunca rompía con él como me aconsejaba mi madre. En invierno íbamos a patinar en el hielo; en primavera me sorprendía enviándome flores; era muy romántico, y a lo largo de esos años fui enamorándome de él.

Entonces las cosas eran muy diferentes; no conocías a alguien y salías y te acostabas con él así sin más, un, dos, tres. Las personas se hacían la corte; las chicas eran inocentes.

UNO

Me despiertan sobresaltado los vapores amoniacales y paso en un instante de un sueño pegajoso a un saber afligido: he vuelto a hacerlo. Mis muslos empapados me pican. Lloro y llamo a mamá, sabiendo que tendré que soportar su dura reacción, que pasar por *aquello*, para ser rescatado. Mi cuna está en la pared este de su habitación, la de ellos en la pared sur.

—¡Mamá!

Me chista desde su cama.

—¡Mamá!

Gruñe, se incorpora y avanza hacia mí con su camisión blanco. Sus fuertes manos entran en acción. Me desnuda, quita la ropa y hace un montón en el suelo con mi pijama, las sábanas normales y la de goma que hay debajo. Oscilan sus pechos bajo el camisión. La oigo susurrar advertencias. En pocos segundos estoy lavado, empolvado, vestido de limpio y viajo hacia sonrisas secretas en la oscuridad. Cabalgo, joven príncipe, en sus brazos camino de su cama, y soy bienvenido entre ellos, al bendito y seco calor que los envuelve. Mi padre me da una palmadita amistosa y vuelve a dormirse con la mano en mi hombro. Pronto están dormidos los dos. Huelo sus divinos olores,

macho, hembra. Momentos después, mientras un tímido atisbo de luz diurna empieza a dibujar los contornos de la persiana, me veo totalmente despierto y feliz, velando a mis padres dormidos, con la terrible noche ya a mi espalda y el querido día a punto de alborear.

Son mis primeros recuerdos. Al llegar la mañana, me gustaba bajarme de la cama y observarlos. Mi padre dormía sobre el brazo derecho, con las piernas estiradas y la mano en la almohada, doblada por la muñeca contra la cabecera. Mi madre, encogida, con la curva de su ancha espalda tocando la de él. Era agradable ver su forma, juntos bajo la ropa. La cabecera golpeaba contra la pared cuando se movían. Tenía un estilo barroco, verde oliva, con un friso de pequeñas flores rosa y hojas verde oscuro a lo largo de sus bordes acanalados. En la pared opuesta estaba el tocador, con el espejo del mismo verde oliva y bordes estriados. También había ramilletes de flores rosa encima de los tiradores de metal ovalados de los cajones. Me gustaba jugar a levantar esas asas y dejarlas caer para oír las tintinear. Comprendía lo ilusorio de las flores cuando después de mirarlas y creer en ellas palpaba con las yemas de los dedos las pinceladas en relieve. No me gustaban tanto los visillos, de un blanco transparente que velaban las persianas, ni los pesados cortinajes que los encuadraban. Me hacían sentir una especie de ahogo. Huía de los sitios cerrados. La oscuridad me espantaba sobre todo porque no estaba seguro de que fuese respirable.

Yo era un niño asmático, alérgico a todo, con los pulmones continuamente atacados, que tosía, respiraba con dificultad y necesitaba inhaladores. Era el triste niño prodigio de la medicina, familiarizado con las cataplasmas de mostaza, las gotas para la nariz y los tapones de Argyrol para limpiar la garganta. Me enchufaban a cada paso termómetros e irrigaciones de agua jabonosa. Mi madre creía que el dolor curaba. Lo que no hacía daño no servía para nada. Yo gritaba, chillaba y sucumbía peleando.

Argumentaba a favor del mercurocromo rojo cereza para mis rodillas arañadas y lo que me aplicaban era siempre el odioso yodo. ¡Cómo aullaba!

—Deja ya de hacer tonterías —decía mi madre mientras me propinaba unas pinceladas que dolían como si me quemasen—. Cállate ahora mismo. ¡La que armas por nada!

Tenía dificultades con las proporciones de las cosas y me fabricaba espacios razonables en lo que de otro modo resultaba un hogar injustamente agigantado. Me gustaba acogerme al refugio del piano, en el salón. Era un Sohmer vertical de caoba negro, y el teclado saliente me proporcionaba un techo a mi medida. Disfrutaba con los dibujos de las alfombras. Me eran familiares los suelos de roble y las faldas de los asientos tapizados.

Si iba de buena gana a bañarme era en parte porque la bañera tenía unas dimensiones razonables. Podía tocar sus costados. Hundía barcos de cáscaras de nuez, organizando oleajes que después aquietaba.

Me daba también cuenta de que, por alguna razón, la implacable eficiencia de mi madre quedaba en suspenso cuando yo estaba bañándome. Aparte de venir de vez en cuando a asegurarse de que no me había ahogado, respetaba mi intimidad. Se me llenaban de arrugas las yemas de los dedos antes de tener que levantarme para destapar el desagüe.

La mesa y las sillas de madera de la cocina eran para mí una fortaleza. Desde allí podía vigilar la vasta extensión del suelo. Conocía a las personas por sus piernas y sus pies. Los fuertes tobillos y las grandes y bien proporcionadas pantorrillas de mi madre se movían por allí sobre las alas de unos zapatos de tacón. Iban del fregadero a la nevera o a la mesa acompañados por los ruidos de rigor del entrechocar de los cubiertos y el deslizar de los cajones al abrirse y cerrarse. Mi madre daba unos pasos

fuertes y decididos que hacían temblar las puertas de cristal de los armarios.

Mi menuda abuela hacía avanzar pulgada a pulgada sus pies sin levantarlos del suelo, lo mismo que bebía su té a pequeños sorbos. Usaba botines negros cuyos empeines quedaban ocultos bajo sus largas faldas flácidas, también negras. De toda la familia, era la más fácil de espiar, porque estaba siempre sumida en sus pensamientos. Me andaba con cuidado con ella, aunque sabía que me quería. A veces rezaba en la cocina, con el libro abierto sobre la mesa y el anticuado calzado plano plantado en el suelo.

A mi hermano mayor, Donald, no había manera de espiarlo. A diferencia de los adultos, era rápido y estaba siempre alerta. Tomarlo por blanco durante siquiera unos segundos antes de que se diese cuenta de mi presencia era un gran triunfo. Un día, vagando por el pasillo, pasé frente a la puerta abierta de su habitación. Cuando atisbé, estaba de espaldas, trabajando en la maqueta de un avión.

—Sé que estás ahí, Nariz de Burbuja —dijo sin dudarlo un momento.

A mi hermano lo consideraba una fuente segura y completa de conocimiento y sabiduría. Su mente era un compendio de las normas y reglamentos de todos los juegos conocidos por la humanidad. Arrugaba la frente concentrándose en el modo adecuado de hacer las cosas. Vivía con rigor y atento a las reglas. Era una autoridad no sólo en la construcción de maquetas sino en volar cometas, ir en patinete y cuidar animales de compañía. Todo lo hacía bien. Yo sentía por él un amor y un respeto llenos de gravedad.

Podían haberme intimidado su ejemplo y la idea que a través de él yo me había formado de lo mucho que me faltaba por apren-

der, pero él tenía los instintos generosos de un maestro. Un día estaba yo con nuestro perro *Pinky* frente a nuestra casa de la avenida Eastburn cuando llegó Donald de la escuela y dejó los libros en los escalones de la entrada.

Arrancó una gran hoja oscura del seto de alheña que había bajo la ventana del salón, la puso entre las palmas de sus manos, hizo copa con ellas, se las llevó a la boca y sopló por el hueco que formaban los dos pulgares juntos. Sonó un balido maravilloso.

Pegué un bote. Cuando Donald volvió a hacer aquel ruido, *Pinky* empezó a aullar, como hacía siempre que tocaban una armónica en su presencia.

—Quiero probar—dije.

Siguiendo las pacientes instrucciones de Donald, elegí una hoja como la suya, la coloqué cuidadosamente entre mis palmas y soplé. No se oyó nada. Donald corrigió una y otra vez la posición de mis manitas, cambió de hoja, corrigió mi modo de hacerlo, pero seguía sin oírse nada.

—Tienes que trabajarlo —dijo Donald—. No puedes esperar conseguirlo sin más. Fíjate, voy a enseñarte algo más fácil.

La misma hoja que había utilizado como lengüeta la partió ahora por la mitad con sólo presionar con los cantos de las palmas juntas y aplanar las manos.

Mi hermano tenía una facha estupenda. Usaba pantalones bombachos de *tweed*, calcetines a rayas y zapatos bajos como los chicos mayores. Un mechón de su cabello castaño liso le caía sobre un ojo. Llevaba el jersey atado de cualquier manera a la cintura por las mangas y la corbata roja de la escuela con el nudo flojo. Hacía mucho rato que yo había metido a nuestro maniático perro en casa y aún seguía aplicándome concienzudamente a las tareas que Donald me había puesto. Aunque no pudiese conseguir dominarlas por el momento, al menos sabía lo que había que aprender.

Donald se parecía a mi madre en lo de aplicarse resueltamente a las exigencias y desafíos de la vida. Mi padre era de otra pasta. Yo pensaba que había llegado a donde estaba por pura magia.

Me dejaba contemplar cómo se afeitaba, porque rara vez lo veía más que por las mañanas. Llegaba del trabajo mucho después de mi hora de acostarme. Tenía con un socio una tienda de música en el Hippodrome, un famoso edificio teatral de la Sexta Avenida esquina a la Calle 43, en Manhattan.

—Buenos días, Jim el Risueño —decía.

Siendo yo todavía muy pequeño había notado que siempre me despertaba sonriendo, extraordinaria muestra de inocencia que desde entonces comentaba a diario. De bebé, me cogía en brazos y jugábamos a un juego: hinchaba los carrillos como un hipopótamo y yo se los deshinchaba de un golpe, primero un lado y después el otro. Pero, apenas lo había hecho, abría mucho los ojos, sus mejillas volvían a llenarse y yo tenía que volver a desinflárselas muerto de risa.

El cuarto de baño tenía los azulejos blancos y todos los sanitarios de porcelana blanca. Había una ventana de cristal ondulado opaco que parecía brillar con luz propia. Mi padre, de pie a medio vestir en medio de la difusa luz solar —zapatos, pantalones, camiseta a rayas y los tirantes colgando a los costados—, hacía espuma en un cuenco con su jabón de afeitar y después se la aplicaba en la cara con un hábil vaivén de la brocha.

Esto lo hacía tarareando la abertura de *El buque fantasma*, de Wagner.

Me encantaba el ruido raspante que hacía la brocha en su piel y cómo iba el jabón espesándose poco a poco. Después, sostenía tirante desde el gancho del que colgaba en la pared una

larga tira de cuero de unas tres pulgadas de ancho y pasaba sobre ella la navaja de afeitar atrás y adelante con una vuelta de muñeca. Yo no comprendía cómo siendo tan suave el cuero podía afilar algo tan duro como una navaja de acero. Me explicó la causa, pero yo sabía que era sólo otro ejemplo de sus poderes mágicos.

Mi padre hacía juegos de manos. Por ejemplo, podía parecer que se quitaba la parte de arriba del pulgar y volvía a ponérsela. Usando una mano como biombo, veías detrás cómo el pulgar de la otra se partía, y después el vacío entre las dos mitades. Como todos los buenos trucos, era espantoso. Arrancaba el Pulgar y volvía a ponerlo con un pequeño giro, y lo apartaba para que yo pudiera inspeccionarlo, moverlo y cerciorarme de que estaba como nuevo.

Mi padre estaba lleno de sorpresas. Hacía juegos de palabras, y bromas.

Mientras se afeitaba, brotaban aquí y allá, a través de la blanca espuma, diminutos chorros de sangre que la teñían de rosa. Él no parecía notarlo y seguía afeitándose y tarareando.

Después de lavarse la cara y darse en ella palmaditas con una loción de olmo escocés, se hacía la raya en medio de su brillante cabello negro y peinaba ambos lados hacia atrás. Lo llevaba siempre bien cortado. Su apuesta cara de un blanco rosado relucía. Se alisaba el oscuro bigote con las puntas de los dedos. Tenía la nariz fina y recta, y unos ojos castaños vivos y chispeantes que hablaban de una inteligencia juguetona.

Siempre me untaba espuma de la que le sobraba al afeitarse en las mejillas y la barbilla. En el armario de las medicinas había paletitas de madera para aplanar la lengua; cada vez que venía a verme nuestro médico de familia, el doctor Gross, me regalaba una. Mi padre me la alcanzaba para que pudiese afeitarme.

—Dave —decía mi madre golpeando la puerta—, ¿sabes

qué hora es? ¿Qué haces ahí dentro? —Y él hacía un gesto de esconder la cabeza entre los hombros, como si fuésemos dos chicos malos.

Mi padre siempre hacía promesas cuando se iba al trabajo.

—Esta noche volveré pronto —decía a mi madre.

—No tengo dinero —replicaba ella.

—Aquí tienes un par de dólares para salir de apuros. Tendré más esta noche. Te llamaré. Quizá pueda comprar algo para cenar.

Yo le tiraba de la manga y le pedía que me trajese una sorpresa.

—Bueno, veré lo que puedo hacer —decía él, sonriente.

—¿Me lo prometes?

Donald estaba ya en la escuela. Cuando mi padre se fuese, ya no me quedaría nada que esperar, de modo que lo observaba hasta el último segundo. Era corpulento, aunque lo bastante elegante con uno de sus trajes y la chaqueta bien abotonada. Comprobaba el estado del nudo de su corbata en el espejo del vestíbulo. Cuando se ponía el sombrero ladeado, con mucho estilo, yo corría al salón para verlo salir. Bajaba los escalones a saltos, se volvía hacia donde yo estaba asomado a la ventana, para levantar el brazo y sonreírme, y se iba calle abajo con aquel andar suyo brusco y garboso. Doblaba la esquina y de repente se perdía de vista.

Yo comprendía la propensión que había en su vida. Me daba cuenta de que vivía, por carácter, como un residente temporal. Se iba y volvía. Se movía en todas direcciones. Sus impulsos e instintos, incluso en su día libre, señalaban lejos de casa.

Rara vez cumplía su palabra de volver a tiempo para cenar o de traerme algo. Mi madre no podía soportar que faltase a sus promesas. Estaba siempre pidiéndole cuentas. Yo veía que eso

no servía de nada. A modo de compensación, me traía cosas cuando menos las esperaba. Sorpresas por sorpresa. Era una especie de enseñanza.

Dos

Mi madre llevaba nuestra casa y nuestras vidas con un tipo de administración falto de tacto que a menudo podía herir los sentimientos infantiles, aunque con una idea estricta de lo bueno y lo malo. De niño me bañaban manos bruscas y competentes y de chico fui alimentado, vestido y arrastrado a acontecimientos desagradables entre firmes advertencias de que debía portarme bien. No debía decir que algo no me gustaba. No había que hacer tonterías.

Mi madre era una mujer vigorosa y metida en carnes de treinta y muchos años. En sus claros ojos azules brillaba la fuerza de voluntad. Nunca había dudas sobre lo que pensaba; era franca y directa. Tenía ideas muy claras sobre el mundo. Creía con firmeza que incluso los niños pequeños eran responsables de sus actos. Podían ser perezosos, egoístas, unos inútiles, o bien formales, amables, veraces, honestos. Según fuesen, así sería su destino.

Por todas partes, en el aire, estaban las enfermedades de la infancia, tosferina, escarlatina y la más temible, la parálisis infantil. Ella creía que los niños corrían peligro en la medida en que a sus padres les faltaba sentido común.

—Vi a esa tal señora Goodman en la lechería —dijo un día al

volver de la compra—. Pobre mujer; no la envidio. Su hija lleva un aparato en la pierna y tendrá que llevarlo ya toda la vida. Lloraba al contármelo. Pero si la dejaba ir a las piscinas públicas en pleno verano, ¿qué otra cosa podía esperar?

Sus historias me resultaban deslumbrantes. Tenían un fin instructivo. La moraleja era la precaución.

Por las mañanas, con mi padre y mi hermano Donald fuera de casa, mi madre abría de par en par las ventanas, mullía almohadas y edredones y los tendía al sol en los alféizares. Fregaba los platos y ponía en remojo la ropa en el lavadero. Pasaba la casa con el Electrolux. Todo lo que hacía era como una proclama. Su dominio de nuestro mundo merecía mi estudio.

Mi madre quería ascender en la vida. Comparaba lo que teníamos y lo que éramos con la fortuna y las pretensiones de nuestros vecinos. Que mi hermano y yo íbamos bien vestidos; que mi padre trabajaba por su cuenta; que pagábamos a tiempo la renta y los recibos del teléfono y de la luz: tales eran las partes de un todo que quería que el mundo entendiese como la calidad de nuestra familia.

Para ir a la compra se ponía un vestido con cinturón y unos zapatos negros relucientes y se encasquetaba un sombrero de paja al que volvía el ala hacia arriba por uno de los lados. Tenía una cinta alrededor de la copa. Se pintaba los labios y salía con el monedero bien apretado bajo el brazo.

A veces, a última hora de la tarde, descansaba unos minutos en el sofá y leía el periódico. En contraste con mi padre, que lo sostenía abierto a la distancia del brazo mientras desayunaba, ella lo sujetaba por el lomo con una mano y pasaba las páginas a izquierda y derecha con la otra.

—No confío en ese médico —decía del que atendía a las quintillizas Dionne—. Le gusta demasiado exhibirse.

Por las noches, después de cenar, ya todo en silencio, se sen-

taba en el cuarto de estar y leía una novela de la biblioteca de préstamo mientras esperaba a que llegase mi padre. Yo a veces la observaba cuando no se daba cuenta. Al cabo de un rato cerraba el libro en su regazo, recogía las piernas y se quedaba mirando fijamente al suelo. La preocupaba mucho mi abuelita, que estaba pachucha y tenía ataques. Pero creo que sobre todo la preocupaba mi padre.

Mi padre no era un compañero digno de confianza, según acabé deduciendo. Muchas cosas que decía que iban a pasar no pasaban. Se retrasaba siempre; por algún motivo suponía que podía llegar a los sitios o hacer las cosas en menos tiempo del que en realidad le costaba. Era la incertidumbre en persona. Estaba lleno de entusiasmos errabundos que lo apartaban fácilmente de su camino. Aparte, tenía planes para hacer dinero que se resistía a confiar a mi madre. Ésta parecía hallarse en un estado casi permanente de preocupación por sus actividades.

Mi padre, cuando llegaba tarde, se mostraba evasivo, lo que parecía justificar el enfado de mi madre. Tenía debilidad por las cartas, oí que le decía mi madre a su mejor amiga, Mae. Le gustaba jugar, y no era algo que pudiera permitirse.

Comprendí que mi padre parecía huir de los planes que mi madre tenía para él. No se comportaba como convenía a los tiempos difíciles que vivíamos. Yo sabía que no era de fiar, pero me divertía mucho con él. Era el compañero ideal de un niño, lleno de sorpresas y de una alegre energía animal. Disfrutaba con la comida y la bebida. Le gustaba probar cosas nuevas. Traía a casa cocos, papayas, mangos, y nos los hacía probar venciendo nuestros prejuicios conservadores. Los domingos le gustaba descubrir sitios nuevos, llevarnos en interminables viajes en autobús o en tranvía a algún nuevo parque o playa que conocía. Siempre nos aconsejaba tener, en cualquier situación, el valor de probar lo desconocido, una norma que chocaba frontalmente con las de mi madre.

Las diferencias entre mis padres fueron probablemente la circunstancia crónica más importante de mi vida. Nunca estaban en paz. Eran dos caracteres irreductiblemente opuestos. Sus disensiones me creaban una especie de campo magnético en el que yo oscilaba de aquí para allá según la dirección de la corriente. Mi hermano se parecía más a mi madre en su amor por las normas y su disposición a hacerlo todo como es debido. Yo era más tranquilo, más pasivo y soñador, y comprendía mejor a mi padre, o a esa conclusión he llegado al cabo de los años. Algo me reconozco en esa alma libre, atada —a causa de una generosa impresión que la llevaba a no pensar demasiado en sí misma— al alma de una mujer atractiva.

El único capricho que se permitía mi madre era tocar el piano, lo que hacía con autoridad, como todo. De niña se había pagado las clases trabajando como acompañante de películas mudas. Lo hacía muy bien. Lo que más me gustaba cuando se sentaba a tocar era que dejaba en suspenso aquel pensar suyo, tan riguroso. Se le ablandaba la expresión y sus ojos azules brillaban. Se sentaba con la espalda muy recta, como una reina, extendía los brazos y llenaba la casa de una música hermosa que me hacía pensar en cataratas o arcos iris. Era capaz de leer a primera vista cuantas partituras le pusiesen delante. Cuando Donald traía a casa una nueva lección de la escuela de música Bronx House, le pedía que la tocara entera, sólo para oír cómo debía sonar.

Donald andaba por el *Para Elisa*, de Beethoven, después de conseguir dominar *El caballero del bosque*, de Schumann.

Yo también esperaba tomar algún día clases de piano. Entre tanto jugaba con las teclas y experimentaba con los sonidos, con los estados de ánimo y los sentimientos que podía provocarme yo mismo poniendo los dedos sobre varias teclas a un tiempo y aprendiendo con ganas.

Debajo del mostrador de cristal, junto a la caja registradora de la tienda de mi padre en el centro, había estanterías con instrumentos de juguete para niños. Yo tenía uno de cada clase. Tocaba un silbato de un centavo, soplaba en una armónica Hohner Brothers Marine Band y sacaba sonidos de una ocarina, conocida también por «la batata» por su forma.

El más fácil de tocar era el *kazoo*, que no era del todo un instrumento, sino un tubo de metal ovalado con un trozo de papel parafinado sujeto bien tenso en una abertura que tenía hacia la mitad. Cuando tarareabas algo en el *kazoo*, el papel vibraba y «voilà», como decía mi padre, ya eras músico.

Me gustaba desfilas por el pasillo, desde mi habitación en la parte de atrás de la casa hasta la puerta de entrada, tocando el *kazoo* con una mano y haciendo ondear una bandera en la otra.

TRES

Vivíamos en el número 1650 de la avenida Eastburn. Ocupábamos el piso bajo, y nuestros caseros, los Segal, el segundo y último. Para distinguir nuestro modo de vida del de las familias que vivían en las casas de pisos, que eran la mayoría en el Bronx, a la nuestra la llamábamos una «casa privada». Era de ladrillo rojo y tenía terraza. Se subía hasta las puertas de entrada, acristaladas, por una escalinata de ocho peldaños de granito blanco. A uno de los lados de la escalinata, bajo las ventanas del salón, había un pequeño cuadro de tierra rodeado por tres de sus lados por un seto de alheña. Allí hacía yo caminos y viviendas, toda una ciudad, para una sociedad de pequeñas hormigas pardas cuya resistencia a habitarla nunca consiguió desanimarme.

Recuerdo la luz de la avenida Eastburn. Era un baño cálido y brillante que daba un tinte blanquecino a las casas de ladrillo rojo y ocre, las aceras rayadas y los bordillos de azulado adoquín belga, llenándolo todo de paz y contención.

Me imaginaba las casas como seres superiores que conversaban en silencio.

A mediodía, el sol relucía en lo alto de mi juguete favorito, un camión de la Railway Express como los que a veces hacían

entregas en el barrio. El mío era verde oscuro, con fuertes ruedas verdes a juego, cubiertas de goma maciza y el letrero de la Railway Express en letras rojas estilo lejano Oeste en los costados. Las puertas traseras se desatrancaban y se abrían de golpe exactamente igual que en los auténticos. El volante, que funcionaba, estaba montado como en los de verdad, perfectamente horizontal sobre un eje rigurosamente vertical. El ruido del motor, un zumbido eléctrico, lo hacía yo. Me gustaba empujar el camión salvando las grietas de la acera y los obstáculos que suponían palos y guijarros.

El sol calentaba la acera y lo notabas agradablemente en las rodillas y en las palmas de las manos.

Al otro lado de la calle había una casa de vecinos de seis pisos, y otras dos privadas como la nuestra, que tenían enfrente árboles con grandes hojas colgantes. En la esquina de la avenida Mt. Eden, al extremo sur de la manzana, estaba la mansión de ladrillo rojo con tejado de mistress Silver, la viuda del juez Silver, un magistrado del Tribunal Supremo del estado. Me lo había contado mi madre. Se alzaba sobre un césped elevado rodeado por un muro de contención de piedras redondas unidas con cemento. Yo nunca había visto de cerca a mistress Silver, pero mi madre me aseguraba que era una mujer estupenda que no se creía superior a los demás.

Yo alcanzaba a ver más allá de la esquina de la avenida Mt. Eden, hasta los plátanos del Óvalo, un pequeño parque con bancos en torno a arriates de tulipanes al que las madres llevaban a sus niños por las tardes. Una sarta de esos óvalos corría a lo largo del centro de la avenida Mt. Eden, que iba a perderse cuesta arriba, hacia el Grand Concourse.

En la parte más lejana del Óvalo empezaba el parque Claremont, o el parque grande, como nosotros lo llamábamos. Desde mi privilegiado observatorio, era una gran mancha de bosque donde el suelo se volvía verde.

En dirección contraria, veía el extremo norte de la manzana, la Calle 173. Ahí no había verde, sino otra casa de pisos que tenía la entrada a la vuelta de la esquina, y enfrente el enorme patio cercado de alambrada de la P.S. 70. Era la escuela de Donald, a la que también iba a ir yo.

Todo lo que necesitábamos quedaba cerca. Después de la P.S. 70 venía la Calle 174, donde estaban las tiendas. Yo había nacido en una pequeña maternidad entre las avenidas Mt. Eden y Morris, sólo una manzana al oeste. El Centro Mt. Eden, el templo al que mi vieja abuela iba a rezar las noches de los viernes, estaba también en la avenida Morrison.

La mayor parte de estos edificios, parques y casas no tenían más de diez o quince años. Era un barrio nuevo. Creo que aquella luz tan clara que lo inundaba todo se debía a los muchos espacios abiertos, que permitían al sol llegar a todas partes. No había grandes edificios ni estrechos callejones que formaran recovecos y sombras espesas que tapasen el azul del cielo, como ocurría en el centro, en Manhattan, donde estaba la tienda de mi padre.

En la calle prefería mi propia compañía a la de cualquier miserable individuo de mi edad. Solo, podía ser feliz. Daba por supuesto que todos tenían más fuerza de voluntad que yo. Quizá esta actitud se derivase de mi situación como hermano mucho más joven.

Dado que yo tenía ocho años menos que Donald, era una especie de novedad para sus amigos, como un cachorro o un gatito. Crecí siendo instruido, llevado por ahí y vapuleado por chicos mayores. Los había a montones. De pequeño, me agarraba aterrizado a los costados de mi cochecito mientras alguno de esos brutos me empujaba calle abajo todo lo deprisa que podía. Celebraban pruebas, una especie de olimpiada de la avenida Eastburn

a base de carreras de cochecitos con niño. Sus tiernas atenciones hacían que me metieran bolas de helado por la cara o, en invierno, me encasquetaran el gorro hasta los ojos para que no sufriese con el frío. No eran crueles; sólo peligrosamente exuberantes. Se llamaban Seymour, Bernie, Harold, Stanley, Harvey, Irwin... En mi memoria son como un coro de matracas. No recuerdo rostros ni voces, sino bocinas, vejigas, trinquetes y pitos que alguien te sopla en la cara.

Para mí, yo no era un niño. Cuando estaba solo, no sometido a las exigencias del mundo, tenía la oportunidad de ser la persona consciente y sensible que yo sabía que era.

Pero sí que tenía a alguien por compañía, la perra de la familia, *Pinky*. Mi padre la había llevado a casa sin previo aviso. El nombre se lo habíamos puesto por el color rosáceo que tenían por dentro sus puntiagudas orejas. Era un ejemplar de pelo largo, una especie de terrier, blanca, con el hocico fino y los ojos oscuros y brillantes. Era lista; parecía entender las palabras. Su habilidad más notable consistía en beber agua de la fuente del Óvalo: se alzaba sobre las patas traseras y agarraba la taza de pedestal de la fuente con las delanteras.

Pero cuando mi madre nos dejaba a *Pinky* y a mí en la calle ataba su correa a una rama de la raíz del seto. Lo hacía porque era una perra totalmente carente de educación que se largaba a la menor oportunidad. Y muy rápida. A mi madre no le caía bien; a mi padre sí. Donald, por supuesto, la adoraba. Yo también, pero no podía dominarla. Si sostenía la correa, me llevaba de aquí para allá hasta que me caía. Se me escapaba casi siempre. A mí eso no me gustaba.

Mientras yo jugaba frente a casa, *Pinky* se sentaba y me observaba, o ladraba a los coches que pasaban tirando de lo que la

sujetaba. Aquella mañana en concreto, los dos oímos un rugido procedente del extremo norte de la manzana. La perra se puso a ladrar furiosamente. Apareció por la esquina el aljibe del Departamento de Higiene. Era un enorme tanque cilíndrico montado sobre la caja de un camión Mack. El equipo entero estaba pintado de caqui, quizá como recuerdo de sus orígenes en la guerra mundial. Al entrar en nuestra calle, de las bocas que colgaban debajo del tanque brotaron dos chorros de agua en abanico. ¡Qué visión! Un arco iris se movía por el aire como una luz fantasmal, desintegrándose en millones de gotas de sol que iban a formar instantáneamente un torrente a lo largo de los bordillos. El aljibe pasó entre terribles crujidos y jadeos. Corrí a lo largo de la acera para notar la cercanía del gran chorro. Detrás de mí, *Pinky* ladraba pugnando con su collar. Después, de repente, las bocas dejaron de echar agua y el camión cambió de marcha, volvió la esquina de la avenida Mt. Eden y se perdió de vista. Eché un palito de helado Good Humor en el arroyo que corría presuroso a lo largo del bordillo. Habían aparecido otros chicos que echaban también palitos y ramas. Seguimos a nuestros barcos a lo largo de la manzana mientras giraban y se retorcían en la corriente; los seguimos por la suave cuesta de la avenida Eastburn hasta su funesto destino, la cascada que caía por la rejilla de la alcantarilla en la esquina de la Calle 173.

Cuando hacía calor podía contar con ver el aljibe cada dos semanas. Menos frecuentes eran los camiones del carbón. Solían venir a principios del otoño, todavía con buen tiempo.

Estos camiones tenían para mí un gran interés. Eran tan pesados, tan macizos, especialmente cuando iban cargados con su montaña de carbón, que sólo una transmisión de cadena podía hacer girar sus ruedas. Eran como casas rodantes. Un día hicie-

ron una entrega en el número 1650. El camión subió marcha atrás al bordillo y aparcó casi en ángulo recto con la acera. Era la arrogancia sin ley del poderoso. El conductor se apeó de un salto, desnudo hasta la cintura y tan musculoso como el camión. Tenía el pecho más blanco que los brazos y un pañuelo rojo al cuello. Vi en él a un hermano de los hombres de las cuadrillas que reparaban la calle con mazos, picos y palas. Desdeñó incluso los ladrillos de la perra. Dio vueltas a una manivela y la caja del camión se elevó, empinándose sobre sus gatos hidráulicos tan despacio y con una protesta tan rechinante como para transformarse a mis ojos en un rugiente dinosaurio encabritado. Sólo cuando la caja cargada alcanzó un ángulo peligrosamente inclinado, casi vertical, la detuvo y abrió la compuerta trasera. Un alud de humeantes piedras negras se desplomó sobre la acera.

Yo me había anticipado al acontecimiento soltando a *Pinky* y retrocediendo con ella para ver las cosas a distancia. Cerca de nuestra casa había un garaje con puertas plegables. Pertenecía a la casa privada contigua, que tenía la entrada a la vuelta de la esquina, en la avenida Mt. Eden. Estaba más retranqueado que los escalones de nuestra entrada, de modo que formaba una especie de zona de juegos. Había atado a *Pinky* a la manija rota de una de las puertas, pero aquel gran corrimiento de tierras la aterró de tal modo que arrancó la correa y salió corriendo.

No me di cuenta. Estaba demasiado absorbido viendo al conductor, que trepó al camión, salvando de una zancada el costado de la caja con un atrevimiento ostentoso y animal, y con una escoba de mango muy largo se puso a empujar hacia la compuerta el carbón que quedaba. Cuando acabó, saltó ágilmente al suelo, con un golpe resonante volvió a colocar la caja del camión horizontal y se alejó dejando un fino rastro de carbón en la calle.

Yo contemplaba aquella pirámide frente a mi casa pregun-

tándome cuánto pesaría, con una creciente sensación de la jerarquía del ser, de cómo esa masa había sido manipulada para obedecer a las conveniencias humanas. Sentía agudamente su consistencia; notaba a través de mis pies la tierra como gravedad.

Esperaba que surgiese del callejón, con su pala y su carretilla, Smith, nuestro portero negro, que vivía en el sótano.

Y allí estaba. No pareció reparar en mí, lo que tuve por buena suerte.

Smith era un tipo enorme, todavía más corpulento y musculoso que el conductor del camión del carbón. Su paso lento y deslizante y su hablar reposado, que resonaba como si hablase en el fondo de una caverna, me parecían de lo más natural dado su tamaño. Llevaba un mono, fuese invierno o verano, y olía a polvo de carbón, ceniza y whisky. Tenía el cabello gris, el negro de la piel de un rico tono púrpura, cicatrices en la cara y los ojos inyectados en sangre, y ese día estaba, como de costumbre, auténtica e imperialmente enfadado.

Iba a trasladar, poco a poco, el carbón a la carbonera.

Paleaba, no de la parte de arriba como hubiera hecho yo, sino del fondo, y cuando acabó clavó la pala en el montón como una lanza, agarró la carretilla y, con los músculos del brazo en tensión, la llevó por el callejón hasta el sótano. Cuando volvió, no me miró, pero era el único a quien podía estar hablando cuando dijo:

—El perro se ha largado.

En ese mismo instante me di cuenta de que hacía tiempo que no oía ladrar a *Pinky*. Naturalmente, volví corriendo a casa y llamé a mi madre. Salimos a buscarla. Fuimos de un extremo de la manzana al otro. No estaba en ningún sitio. La calamidad de su pérdida hizo que el pánico acometiese a mi pequeño corazón. Mientras íbamos medio corriendo, medio andando, mi madre me preguntaba si me había fijado hacia dónde se había

ido, cómo había podido no verla escaparse, y cosas así. Se veía bien claro lo que pensaba. Estaba muy enfadada conmigo, y a la vez tenía la esperanza de que *Pinky* hubiera conseguido al fin irse para siempre.

—Con un poco de suerte, no volverá —dijo.

Era su estilo, preocuparse desde lados opuestos de una crisis.

Yo estaba a punto de romper a llorar cuando la vi. Iba cruzando la avenida Mt. Eden, desde el Óvalo al parque grande. Llevaba la correa colgando.

—¡*Pinky!*

Atravesamos corriendo la calle, yo sin dejar de gritar su nombre. No me hacía el menor caso. En ese momento se le echó encima un coche. Los automóviles habían sido siempre un misterio para ella. No los entendía. Se quedó inmóvil en medio de la calle. Se aplastó de cabeza a cola, apretando el hocico entre las patas delanteras, y el coche le pasó por encima.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre.

Cruzamos a la carrera el Óvalo hasta la calzada.

El coche, un Nash o un Hudson, no estaba seguro, no se detuvo. El conductor ni siquiera la había visto. *Pinky* estaba donde se había acurrucado; no se había movido. Nos miró con sus oscuros ojos brillantes de terror. Le faltaba un gran trozo de pelo del lomo. Gañía.

—¡Oh, *Pinky!* —dijo mi madre, y se arrodilló y abrazó a la perra que tanto despreciaba.

Pinky se levantó temblorosa. Aparte de la piel, no tenía mal aspecto. Volvió a casa trotando obedientemente detrás de nosotros, mientras yo sostenía con ambas manos los restos de la correa.

Construían los coches muy elevados del suelo, y gracias a eso la perra se había salvado. Todos alabamos su reacción ante el coche que se abalanzaba sobre ella, sin hablar para nada de lo estú-

pida que había sido al ponerse delante. Mi madre le puso vaselina en el rasguño y transcurrida una hora estaba como si tal cosa.

En cuanto a mí, volví a ver qué hacía Smith. Trabajaba despacio y sin pausa, como hacen los buenos obreros. Cuando llevó la última carretilla, volvió a salir y barrió la acera. La penumbra de polvo negro se disolvió. Después, ya todo otra vez limpio y fresco, Smith volvió lentamente a su sótano.

En aquella quietud, me senté solo en la escalinata de casa. Mi perra estaba a salvo. Estuve allí sentado contemplando la calle tranquila y reluciente. En el curso de aquella tarde soleada fue como si el monumental suceso de la llegada del camión del carbón no hubiese ocurrido nunca y aquella luz ingrátida y la iridiscencia del agua de riego fuesen, después de todo, las fuerzas reinantes en el universo.

Un trozo de película de ocho milímetros en blanco y negro recoge el momento en que fui comisionado por mi hermano para sostener la cámara de cine Universal a cuerda que nos había traído nuestro padre. No era mucho mayor que un paquete de cigarrillos, aunque sí bastante más pesada. Mi tarea consistía en apretar el botón y fotografiar a Donald y sus amigos, agrupados en torno a *Pinky* al sol frente a las dobles puertas plegables del garaje contiguo a nuestra casa. Primero se ve a un tranquilo grupo de chicos de pie y rodilla en tierra, como un equipo en torno a su mascota. *Pinky* ladra y tira de su correa, que a Donald le cuesta trabajo sujetar. Los del grupo sonríen y saludan con la mano; pero después *Pinky* da un salto, choca con uno de los chicos arrodillados y pronto acaban todos unos sobre otros, riéndose, gritando y haciendo muecas a la cámara mientras la perra queda suelta entre ellos. Chocan unos con otros intentando sujetarla. Durante esta escena la película parece agitarse, las personas salen de cuadro

y vuelven a entrar, y Donald, soltándose de los extras, avanza ceñudo hacia mí, sacude la cabeza, manotea y me indica con su característica expresión preocupada que estoy haciendo algo mal. Se ve un primer plano de su ceño, porque yo estaba decidido a seguir apretando el botón mientras pudiera.

ROSE

Para cuando empezó la guerra, la primera mundial, yo ya me había interesado, gracias a mister Unterberg, por la asistencia social. Me había dicho, al ver cómo trataba a las personas que venían a la oficina, que tenía dotes más importantes que las estrictamente de secretaria. Yo era muy sensible a los pobres, y a veces, cuando iba al centro benéfico con algún recado de mister Unterberg, veía a esas personas necesitadas y les hablaba y trataba de ayudarlas. De modo que me consiguió un empleo en la Junta de Asistencia Social judía, que se ocupaba de los inmigrantes y sus problemas. La Junta había montado un piso de alquiler modelo en la esquina de la Calle 101 y la Primera Avenida, cerca de la fábrica de vinagre. Yo enseñaba a los inmigrantes, hombres y mujeres, a vivir en el mundo moderno: cómo tener la casa limpia, conservar los alimentos, hacer las camas, todo ese tipo de cosas. Era asombroso lo poco que sabía esa gente, lo faltos de educación y experiencia que estaban. Era conmovedor: no podías por menos de emocionarte al ver el trabajo que les costaba entender y aprender, y los deseos que tenían de triunfar en América. Yo, al haber nacido aquí, no tenía la menor idea de lo que les había costado a mis padres. También ellos habían llegado

de jóvenes sin conocer el idioma ni las costumbres del nuevo mundo; pero ellos al menos sabían hacer cosas; mi padre tenía una profesión y encontró trabajo nada más desembarcar; era algo que le enorgullecía contarnos. Siempre supo cómo ganarse la vida, y trabajó hasta el día de su muerte. Era muy responsable; para él la familia lo era todo. No sólo consiguió trabajo, sino que se lo proporcionó a otros músicos; se convirtió en una especie de agente suyo, además de trabajar él mismo. De él aprendí yo a ser ambiciosa.

Lo cierto fue que, al trabajar para la Junta de Asistencia Social judía, cuando estalló la guerra me vi de un modo natural metida en eso. Nuestros equipos solían ir a los cuarteles a servir café y bollos, a hablar con los soldados y a veces a bailar con ellos en sus fiestas. Todo siempre con carabinas, de lo más honesto. Por entonces vuestro padre estaba en la Marina, estudiando para alférez en el Instituto Naval Webbs, junto al río Harlem, y, como de costumbre, todo eran diabluras; noche tras noche saltaba la cerca y se escabullía para verme sin permiso oficial. Solía hacer cosas así. Venía a donde yo estuviese trabajando —lo hacíamos por la noche— y se plantaba allí con su uniforme azul, un marino entre cientos de soldados, lo que podía traerle problemas gordos, con la rivalidad que había entre ellos, que lo superaban totalmente en número, y sin embargo me sacaba de entre los otros chicos con los que yo hubiese estado hablando o bailando. Tuvo suerte de que no lo mataran.

Después, en 1918, vino la terrible epidemia de gripe, y mis hermanas mayores, mis queridas hermanas, una de veintitrés años, la otra de veinticuatro, cogieron la gripe y con pocos meses de diferencia murieron las dos. Es algo en lo que todavía hoy prefiero no pensar. Vi a mi pobre madre envejecer ante mis ojos. Nunca llevó una vida fácil; jamás había visto a nadie trabajar tanto, y luchar como ellos dos lucharon para mantenernos, criar-

nos como es debido y procurar que tuviésemos algún porvenir, alguna esperanza. No era fácil llevar una casa. También yo solía hacerlo, y tenías que ir a la compra a diario porque no había frigoríficos, y cocinabas sin nada, no había comodidades para eso ni para ninguna otra cosa. Mi madre no había tenido nunca a nadie que la ayudase. Y aquellas dos preciosas criaturas enfermaron y murieron. ¡Perdió a sus dos hijas mayores! He hecho todo lo posible por olvidarlo; no recuerdo los funerales, trato de no pensar en ellas. No recuerdo nada; esa época está en blanco en mi mente, es un espacio gris, un vacío.

Cuando tenía veintitrés años me fugué con vuestro padre. Fuimos a Rockway Beach y nos casamos. Lo que ocurrió fue que mi hermano Harry, siempre tan protector, fue y le dijo a Dave:

—Tú y Rose lleváis de novios ocho años. Ella tiene veintitrés y quiere casarse. Le gustaría que fuese contigo; pero si no quieres, prefiere no volver a verte. O te casas o no te acerques más a ella.

Bueno, ya sabéis cómo era vuestro padre. Tenía una cabeza poco corriente. No pensaba como los demás, no era nada tradicional, tenía otras ideas. Incluso entonces. Yo sabía que quería casarse conmigo, pero no le gustaba que le dijese lo que tenía que hacer; nunca le gustó. De modo que la respuesta fue casarse de ese modo escandaloso, escaparnos y que nos casase un juez de paz, y no solemnemente en una sinagoga con velo de novia, y después celebrarlo con la bendición de las familias. A vuestro padre no le gustaba la religión. Era muy moderno, estaba muy interesado por las nuevas ideas. Lo mismo que le gustaban los nuevos aparatos le gustaban las ideas nuevas. Creía en el progreso. Esto le venía en parte de su padre, Isaac, un hombre maravilloso, muy culto, pero nada piadoso. Para Isaac la religión simbolizaba la superstición, la pobreza y la ignorancia de su antiguo país. Vuestro abuelo Isaac era socialista; creía que los problemas terrenales

—comida, vivienda, educación— debían ser resueltos en la tierra. Las promesas del Cielo no le interesaban. De modo que a vuestro padre esas ideas le venían de antiguo. Fuimos a ese remoto pueblo costero, nos casamos y pusimos casa allí. Las dos familias se sintieron heridas y ultrajadas. Vivíamos a unos pasos del mar, lejos de todos. Me gustaba aquello; era muy hermoso. Dave iba a diario en tren a la ciudad. Trabajaba para un tal Markel, que vendía fonógrafos. Después de la primera guerra mundial, los fonógrafos —Victrolas los llamábamos— se hicieron muy populares. A Markel le caía bien Dave y le enseñó el negocio. Así fue como se metió en eso, gracias a aquel hombre. Durante algún tiempo, antes de casarnos, también yo trabajé para Markel, llevando los libros y ocupándome del despacho. Fue Dave quien me consiguió ese trabajo.

Aunque a veces Rockway era muy solitario, lo compensaban más que de sobra el mar, el cielo y la intimidad. No teníamos a la familia encima. No sabéis lo que es eso, ser parte de una familia numerosa que vive junta, haberse criado en pisos y en calles de ciudad. Entonces estábamos solos y teníamos intimidad y espacio. Fue una época maravillosa. Cuando salíamos íbamos al Village, a Greenwich Village, que entonces estaba muy de moda. Tu padre tenía el don de hacer amigos, de conocer gente, y tendía de un modo natural a encontrarse con personas inteligentes, de espíritu refinado e ideas radicales. Bueno, el Village era así, montones de gente joven pensando cosas nuevas y viviendo de un modo diferente a cuantos los rodeaban. Nuestros amigos eran artistas y escritores. Leíamos los últimos libros, escuchábamos a poetas que leían sus versos en cuartos de estar o en las buhardillas. Conocíamos a Maxwell Bodenheim, entonces un famoso poeta del Village, e incluso a Edna Millay, que era ya conocida fuera de allí. Comíamos en los mismos restaurantes que los actores y los autores de teatro. Recuerdo uno al que se bajaba por

unos cuantos escalones, *Three Steps Down* se llamaba, y en el que nos dieron una mesa junto a la de Helen Hayes. Qué joven y qué guapa estaba.

George Tobias, el actor, entonces muy joven, era amigo nuestro —más tarde se fue a Hollywood—, y también Phil Welch, un reportero del *New York Times*. Phil admiraba mucho a tu padre. Teníamos amigos maravillosos. Ahora me doy cuenta de que nuestras vidas pudieron haber tomado un rumbo tan diferente...

CUATRO

Los inviernos, con sus días cortos y oscuros, eran difíciles. Cuando había tormenta, la nieve se me metía por el cuello, por los chanclos y por las mangas. A pesar de que mi madre me envolvía en varias capas de ropa, rematadas por mi traje para la nieve, me encontraba mojado y aterido en un plazo de tiempo descorazonadamente breve, teniendo en cuenta lo que había tenido que pasar para salir de casa. Me movía a sacudidas, muy tieso, dando el pecho a la nieve como un diminuto *golem*.

Pero el invierno tenía también sus revelaciones. Una tarde estaba yo de pie en los escalones de la entrada, en plena ventisca, mientras la nieve arrastrada iba amontonándose contra los coches aparcados y convirtiendo en dunas las escalinatas de piedra de las casas privadas. Era algo impresionante, furioso; pero después, cuando aclaró el cielo y aparecieron las estrellas en medio de la oscuridad, me llegó un aire increíblemente penetrante y frío, tanto que respirarlo era como beber un agua clara y deliciosa. Al momento mis sentidos se despertaron y me hallé en una calma tan perfecta y callada como la nieve. No pasaba ni un coche, no se veía a nadie, y después, en silencio, se encendieron las luces de la calle como una promesa de inmortalidad.

Otro día, un sábado con sol y dos pies de nieve reciente en el suelo, descubrí a Donald y sus amigos en el patio trasero. Inspirados quizá por el legendario almirante Byrd, se habían puesto a construir un iglú. Yo no solía aventurarme hasta ese patio. Para empezar, suponía ir por el callejón y pasar frente a la puerta de Smith. Y era un espacio cerrado con muros de contención por tres de sus lados. Una verdadera trampa. Por la parte de atrás, nuestra casa y la del otro lado del callejón tenían tres pisos, con garajes para el coche a nivel del sótano. No es que nadie tuviese coche. Al otro lado de una cerca de madera, sobre el muro de la parte trasera del patio, se alzaba un edificio de pisos de alquiler con cuerdas de tender que iban desde las ventanas hasta un enorme poste embreado plantado justo detrás de la pared.

Pero, al estar Donald en el patio, me apresuré a bajar. Entre parloteos y discusiones, sin chaqueta, con los faldones de la camisa colgando y los gorros de lona torcidos, él y sus amigos iban cortando bloques de nieve con una de las palas de Smith y cavando los cimientos en círculo. Tenían la cara roja y por aliento un chorro de vapor. Mientras construían poco a poco el iglú, que iba estrechándose a medida que ascendía, yo notaba lo contradictorio que era aquello. Poco a poco, iba desapareciendo el conato de imagen del sol. Pensé que lo que estaban construyendo no era un refugio sino un lugar donde escapar de los placeres de un día despejado, y mi excitación se debía a aquella invitación a la oscuridad, al temerario encierro, como por una voluntad perversa y suicida, de una secreta posibilidad de vida que más les valdría respetar. Empecé a dar saltos sin parar, en una especie de éxtasis de todo mi ser, provocando deliberadamente en mi cuerpo una serie de espasmos, de estremecimientos de los que era cada vez más consciente. Poco a poco iban cerrando el paso a la luz, y cuando el último bloque de nieve

húmeda estuvo instalado en lo alto del hemisferio, mi hermano, que era el que había estado trabajando dentro, desapareció por completo.

Yo estaba muy impresionado. Era increíble que alguien hubiese podido hacer aquella maravilla de iglú, y no digamos ya cinco o seis chicos entre riñas, gritos y empujones. Donald abrió cuidadosamente una salida por uno de los lados, y después, entre todos, hicieron una entrada que permitía pasar arrastrándose, una especie de vestíbulo semicilíndrico. Trajeron una manguera para regar el iglú, de modo que al helarse se endureciese. Por último abrieron con un palo de escoba un respiradero en lo alto y la casa quedó terminada.

Al día siguiente, el iglú era ya la comidilla del barrio. No sólo niños, sino adultos entraban al callejón para echarle una ojeada: el doctor Perlman, nuestro dentista y amigo, que vivía en la casa de pisos de enfrente; el chófer de mistress Silver, que dormía encima del garaje de la mansión del difunto juez, en la esquina; el teniente Galardi, del Departamento de Higiene, que vivía en la Calle 173, y otras varias personas mayores cuyo nombre ignoraba.

Mi madre había donado un trozo de alfombra vieja y una vela, y los cinco constructores se habían instalado dentro y sólo de vez en cuando se dignaban responder a los chicos que los importunaban desde fuera pidiendo entrar un rato. En realidad, no tardaron en aburrirse de estar allí, en darse cuenta de que lo verdaderamente emocionante había sido construirlo; pero era casi igual de bueno poder tratar despóticamente a sus amigos y a otros chicos más jóvenes, designando a éste o aquél para disfrutar de un turno e instruyéndolo sobre las normas de comportamiento una vez admitido.

Al principio habían pensado cobrar la entrada, pero se decidieron por el trueque, por aceptar sobornos. Un chico trajo

una banderita estadounidense en un palito, que clavaron en lo alto, como Peary en el polo Norte; otro una barra de caramelo, otro un sándwich de mantequilla de cacahuete con jalea a medio comer, y así sucesivamente. Como hermano menor de uno de los arquitectos fundadores, yo tenía una relación especial con el iglú, al ser uno de los primeros a quienes se permitió la entrada y poder, en adelante, entrar y salir a mi antojo en los momentos en que no había demasiada gente dentro. Para mí fue una fuente de asombro ver cómo mi casa, mi patio, el Bronx y Nueva York desaparecían en el espacio y en el tiempo en aquel hemisferio de nieve. Y aún me tenía más absorbido la calidad paradójica de aquella estructura de hielo macizo. Porque allí dentro se sudaba del calor que hacía. O te quitabas el gorro y la chaqueta o al poco rato estabas reluciente de sudor como en el día más caliente del verano.

El iglú duró físicamente hasta mucho después de que sus constructores y todos los demás se hubiesen aburrido de él. Antes de una semana estaba totalmente olvidado. Empezó a encojer, pero mantuvo su geometría mientras iba haciéndose más pequeño y más gris y menos interesante. Era algo que yo había descubierto también a propósito de los conos de helado, que mantenían sus proporciones originales mientras los ibas consumiendo. Mucho después de haber perdido todo interés por sentarme dentro del iglú, seguía no obstante proporcionándome placer la integridad de su forma, casi como si mi hermano y sus amigos hubiesen utilizado la magia de una idea etérea como algo que tenían a mano, como el más diestro de los magos.

Más adelante me uní a otros chicos que trabajaban en el iglú echándolo abajo a patadas, hasta convertirlo en un montón de nieve dura. Parecía tan importante hacer aquello como lo había sido entrar y sentarse allí cuando estaba reciente, en toda su belleza flamante y cristalina, y el mundo entero reducido al frío y

silencioso espacio de una noche ártica, y las caras de tus congé-
neres humanos te miraban, rojas y expectantes, mientras la llama
de la vela bailaba en sus pupilas.

CINCO

Cuando se acercaba mi cumpleaños, que era el 6 de enero, lo esperaba siempre convencido de que el número seis era algo sacramental, mi número, el enunciado de mi extraordinaria persona. Algo así como mi nombre, que era sólo mío. La temporada de vacaciones y el Año Nuevo me parecían sólo la preparación del camino, la fanfarria que precedía al acontecimiento culminante como esos motoristas de la policía con gorras flexibles y botas de montar, y con sus jefes en los sidecar, que atruenan la calle delante del Presidente.

Mi madre confirmó sin querer esa idea al situar mi cumpleaños, como hacía con todos los rituales, en su contexto histórico.

—¿Te imaginas no haber querido que viniera este rubito? —dijo a su amiga Mae mientras estaban sentadas en la cocina tomando el té y esperando al primero de los invitados a mi fiesta.

Yo, de camisa blanca, corbata y pantalones cortos con tirantes, estaba acodado en la mesa junto a mi madre mordisqueando una galleta. Me pasó los dedos por el pelo y sacudí la cabeza como un caballo las crines.

—Si no lo quieres, dámelo —dijo Mae, que estaba soltera, y me guiñó un ojo.

A diferencia de mi madre, Mae era flaca, de brazos torneados, llevaba gruesas gafas que le empequeñecían los ojos y fumaba cigarrillos, cosa que mi madre no hacía. Mae, con el codo doblado, sostenía el cigarrillo entre el índice y el corazón, apuntando al techo.

—No, si ahora nos gusta mucho —dijo mi madre. Me sentó en su regazo—. Ya que está aquí, nos quedaremos con él.

Mi madre me había dicho más de una vez que yo era una equivocación. Lo que esto significaba, yo lo sabía y lo ignoraba a un tiempo, con esa manera que tienen los niños de entender sólo lo suficiente de algo para no querer entrar en detalles. Sin embargo, la idea de no ser esperado o buscado no me dolía. Me sentía seguro del amor de mi madre, por muy molesto que pueda haberme resultado.

—Ha sido siempre muy difícil —dijo con orgullo—. Lleno de sorpresas desde el día en que nació. Aunque no por eso deja de ser un nacido al revés.

—Un acróbata —dijo Mae.

—Eso. Sólo que éste no anduvo hasta los dieciocho meses. Y ¿recuerdas el trabajo que me costó destetarlo?

—Quizá ahora que es ya un chicarrón de cuatro años empiece a dejarte descansar —dijo Mae, sonriéndome por entre el humo.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y, preparándome para recibir a mi primer invitado, me solté con una sacudida de los brazos de mi madre, deslicé mi arqueado espinazo sobre sus rodillas, aterricé en el suelo, debajo de la mesa, y allí me acurruqué.

—¿No vas a abrir la puerta? —me preguntó mi madre.

Yo no tenía la menor intención de hacer tal cosa; sólo quería esconderme.

Fue un día importante, pero las fiestas no sólo tenían ventajas. Te hacían regalos, de acuerdo —pinturas o lápices, o cajas con ti-

ras de arcilla de colores para moldear—, pero eran lo mínimo que se podía llevar cuando te invitaban. Y teníamos que sentarnos todos a la mesa con ridículos sombreros de papel puntiagudos, y platos de papel y carracas, y reventar globos y fingir que delirábamos de alegría. En realidad, una fiesta de cumpleaños era una sátira sobre los niños dirigida por sus madres, que revoloteaban por allí repartiendo Dixie Cups y vasos de leche entre arrullos de placer por la estética del acontecimiento, el modo en que iba vestido cada niño, etc., y que nos hacían enfrentarnos unos con otros en juegos ferozmente competitivos, con lo que o llorábamos humillados o acabábamos en serio a puñetazos.

Y todo ello en un mundo de papel de seda, goma y hojalata, pintados del color chillón de las mentiras.

El apogeo de ese caos, apagar de un soplo las velas de la tarta, ofrecía tanto la posibilidad de un fracaso público como de una caída en la mala suerte, si lo hacías mal. De hecho, yo tenía el temor secreto de no ser capaz de apagar las velas antes de que se quemasen hasta el escarchado. Eso significaba muerte. Las velas que ardían hasta el final como las que tenía en vasos mi abuela, que no se podían tocar una vez encendidas, recordaban la muerte de alguien. Y las velas del Sabbath de la noche del viernes, que encendía cubriéndose los ojos con las manos y con un chal por la cabeza, me sugerían su pena irremediable, y eran como una pantomima de la ceguera que sobreviene a los muertos bajo tierra.

De modo que soplé para salvar mi vida, para que me quedase algo de sebo para el año siguiente. Hinché mi pequeño pecho, y me alegró ver la cabeza de mi madre junto a la mía, reforzando la ráfaga, aunque eso significase que yo no lo había hecho como hay que hacerlo, con aplomo.

* * *

La abuela vivía en una habitación al lado de la mía. Era una mujercilla seca y asmática que usaba botines y todo tipo de vestidos pasados de moda hacía mucho tiempo, y chales, casi siempre negros. Llevaba una vida de lo más retirada, que me hacía desconfiar de ella. Se pasaba horas seguidas en su cuarto, y a menudo salía de él tan pensativa y abstraída que no notaba lo que ocurría a su alrededor.

Era muy pequeña, esbelta y de rasgos delicados, pero tenía la cara toda arrugada y la tez cetrina. Llevaba la larga y ondulada melena gris cuidadosamente trenzada y recogida cuando se sentía bien, y cuando no despeinada y suelta. Como mi madre, tenía los ojos de un azul muy pálido, pero los de ella podían mirarme llenos de cariño, sonrientes y animados, o como si no supiera quién era yo. Nunca podía estar seguro de si la abuela iba a conocerme y a quererme o a mirarme como si no me hubiese visto nunca.

De haber sabido con precisión lo que le ocurría, eso podía haberme ayudado a librarme en parte del terror que me inspiraba. Mi madre sólo me habló de lo triste y dura que había sido su vida. Había perdido dos hijos hacía mucho tiempo. Y un año antes de nacer yo, su marido, que hubiera sido mi abuelo, había muerto. Teniendo esto en cuenta, la conducta de mi abuela parecía bastante lógica. Pero entonces ¿por qué se empeñaba en que mi madre probase todo lo que le ponía delante en la mesa? No comía nada si no lo probaba ella antes. Creía que mi madre, su hija, estaba tratando de envenenarla. Se quedaba sentada con las manos en el regazo mirando fijamente la comida. De modo que ahora, pensara lo que pensase la abuela, mi madre probaba ostentadamente todo antes de servírselo. Y lo hacía también con los demás, incluso conmigo. Tomaba un sorbo de mi leche y plantaba el vaso ante mí, una costumbre que llegué a considerar normal.

A veces, cuando todo iba bien, la abuela ayudaba a mi madre a cocinar. Era una buena cocinera y sabía cosas que mi madre ignoraba.

—Ah, mamá —decía mi madre—, ¿por qué no haces esa sopa de verduras tan rica?

Yo sabía que mi madre quería a la abuela, que cuando la veía mal perdía su seguridad. Se preocupaba terriblemente por ella. No conseguía que fuese al médico. Mi padre era amable con la abuela, pero no estaba en casa lo suficiente para preocuparse por ella. En cuanto a Donald, mi sospecha era que le tenía tanto miedo como yo, aunque procurase no demostrarlo. A veces le daba el brazo para bajar los escalones de la entrada cuando, con buen tiempo, se la conseguía convencer para que tomase un poco el aire. La abuela bajaba los peldaños como un niño pequeño, juntando los pies en cada uno.

Hablaba casi siempre en la otra lengua, la que yo no entendía. Cuando se sentía bien, me bendecía, me besaba en la frente y sacaba centavos del monedero y me los metía en la mano.

—Para un buen chico —decía—. Para que pueda comprarse algo.

Me apretaba contra ella y, con mi cara apoyada en su hombro esquelético, murmuraba instrucciones a Dios sobre la buena salud que debía darme siempre. Como esas palabras cariñosas las decía en el otro idioma, lo mismo que las maldiciones de sus días malos, me producían el mismo efecto inquietante.

Yo sabía el nombre de la otra lengua: judío. Era cosa de los viejos.

El cuarto de la abuela me parecía un oscuro antro de ritos y prácticas primitivos. Las noches de los viernes, todos los que estaban en casa se reunían a su puerta mientras encendía las velas del Sabbath. Tenía dos viejos y tambaleantes candelabros de latón, siempre muy limpios. Los había traído hacía muchos años de

su país, que más tarde descubrí que era Rusia. Se cubría la cabeza con un chal y, con mi madre de pie junto a ella para procurar que no ardiese la casa, encendía las blancas velas, pasaba sus manos arrugadas por encima de las llamas y después se tapaba con ellas los ojos y rezaba. Al ver a mi propia abuela llevando a cabo lo que no era, después de todo, más que una bendición ritual, me parecía asistir a algo muy diferente, su acto de sumisión a las fuerzas errantes y malignas de la vida. Que un adulto se dejara llevar en secreto por ese sentimiento lo encontraba yo realmente escalofriante, y confirmaba mi sospecha de que lo que los mayores me decían cuando trataban de instruirme no era toda la verdad.

La abuela tenía su cuarto limpio y ordenado. Había un impresionante cofre de cedro cubierto con un chal de encaje, y en el tocador un cepillo y un peine de plata. Junto a la mecedora, sencilla y con el respaldo de listones, había una lámpara de pie para que pudiese leer su libro de oraciones, su Siddur, y al lado, sobre una mesilla auxiliar, una caja de hojalata llena de unas hierbas medicinales cortadas en tiras, como el tabaco, que eran el elemento básico de su rito más constante y misterioso. Destapaba aquella caja de hojalata azul, daba la vuelta a la tapa y la utilizaba para quemar un poco de hierba. Le aplicaba una cerilla y soplaba mientras mi hermano hacía lo mismo con la yesca, para que prendiese. La hierba producía leves estallidos y silbidos al arder. Mi abuela volvía su silla hacia allí y se sentaba a inhalar las delgadas volutas de humo; era un tratamiento para su asma. Yo sabía que eso la ayudaba a respirar, y que era una cosa científica, porque la habían comprado en la farmacia de Rosoff, en la Calle 174. Pero el humo era acre, como del otro mundo. Ignoraba, y nadie en mi familia parecía saberlo, que esa hierba medicinal que quemaba la abuela era marihuana. Aunque lo hubieran sabido no hubiese tenido importancia, ya que era fácil conseguirla le-

galmente sin receta. Pero todavía hoy el humo de la hierba me trae recuerdos de las ansias, opresivas, duras, amargas, de una exiliada del *shtetl*, de una vida fallida llena de humo y chispas, como un Cuatro de Julio celebrado en una tumba abierta que proyectase sobre la noche la sonrisa de una calavera y un rumor del entrechocar de huesos.

Una de mis maneras favoritas de gastar los centavos de la abuela llegaba por las tardes por la avenida Eastburn. Era Joe el de las Batatas. Empujaba un pequeño armario sobre ruedas sin el menor letrero. Dentro había una especie de horno casero, a base de carbón. Joe levantaba la tapa y metía la mano prácticamente hasta el sobaco para sacar una de sus batatas asadas. Era un hombre impasible, envuelto en jerseys y chaquetas con todo el aspecto de proceder de la basura, y se cubría con una gorra y encima un gorro cacki con visera de lana basta. Llevaba unas viejas botas del ejército, medio rajadas, y cubriendo toda su indumentaria, desde los hombros hasta los tobillos, un delantal de camarero, de lavado nada reciente. El conjunto me sugería una gran autoridad. Con sus manazas, uniformemente sucias bajo las uñas, Joe plantaba de golpe la batata sobre el carro, sacaba un enorme cuchillo de su funda de madera y la cortaba por la mitad, a lo largo. Después metía la punta del cuchillo en una lata y sacaba una pella de manteca, que insertaba en un corte hecho casi al mismo tiempo en la carne de la batata, y, tras volver a enfundar el cuchillo, envolvía la compra haciendo un cucurucho con media hoja arrancada del *Bronx Home News*, para que pudieras sostenerla y comerla sin quemarte los dedos. Este festín dorado, dulce y humeante, me costaba dos centavos. Por uno más podía tener la batata entera.

Joe continuaba impasible su camino mientras, con la noche cayendo sobre el frío cielo gris azulado del Bronx, yo, sentado a

la puerta de la casa, saboreaba su exquisita cocina. No era sólo algo de comer, sino con lo que calentarme las manos, como si hubiese robado un hogar diminuto de la casa de un elfo.

A veces, cuando mi madre iba de compras, la acompañaba para poder gastar mi dinero en la confitería de la esquina de Eastburn con la Calle 174. Había muchas cosas que costaban un centavo: caramelos de varias clases; chicle Fleeer's Double Bubble; un trozo de suela de zapato, como llamábamos a los pegotes de orejones; nueces indias, que caían de un recipiente de cristal cuando echabas la moneda y dabas vuelta a la llave; o, lo que solía ser mi preferido, una medida de pipas de girasol, que el dueño en persona me volcaba en las manos.

Echaba las pipas en el bolsillo de la chaqueta y seguía a mi madre de tienda en tienda mientras iba cascándolas entre los dientes de delante y sacando la semilla con la punta de la lengua. Lo hacía sin perderme nada de lo que ocurría a mi alrededor. De hecho, devorar pipas sin descanso me aguzaba la vista. Las tiendas estaban pegadas unas a otras, en los lados de las casas de vecindad. La calle hervía de coches, camiones y carros tirados por caballos. Me llamaba la atención que los caballos pudiesen, sin reducir la velocidad, alzar la cola y dejar un rastro de dorados cagajones.

El viejo italiano que arreglaba zapatos conseguía llevar su negocio sin hablar inglés. Su taller era un sotanillo pequeño y oscuro lleno del zumbido de los motores en marcha y el serpentear y el golpeteo de las correas de las desbastadoras de cuero y las ruedas abrillantadoras. Cada rueda estaba manchada de un betún de diferente color. Mi madre sacó un par de zapatos de mi padre. «Tacones y punteras», dijo, y el viejo, sin apenas levantar la vista de un zapato que apretaba contra su pecho mientras recortaba la suela, asintió con la cabeza y gruñó algo en italiano. Mi madre le preguntó cuánto iba a costar y cuándo

estaría. Se lo dijo en inglés, él contestó en italiano, y la negociación concluyó a satisfacción de todos. Cuando ya nos íbamos, el viejo cogió un puñado de puntas y se las puso en la boca: iba a clavar la suela.

Unas cuantas puertas más allá estaba la Atlantic and Pacific Tea Company, donde un hombre con delantal, de pie detrás de un mostrador de madera, molía café por encargo y cogía las cosas que le pedías de las estanterías que tenía a su espalda. Si lo que querías —una caja de dulce de leche cuajada, por ejemplo, o crema de trigo— estaba demasiado alto para alcanzarlo, lo agarraba con un largo palo terminado en unas pinzas que podía hacer funcionar apretando el mango. La caja volaba por los aires y él la recogía. Después, con todas las compras delante, iba escribiendo el precio de cada una en una bolsa de papel, con un pequeño lápiz que llevaba detrás de la oreja, sumaba hábilmente la columna de cantidades y utilizaba esa misma bolsa para empaquetarlo todo. Me encantaba esa tienda por el olor a café y el serrín que cubría el suelo. El serrín me gustaba siempre que estuviese seco.

En la pescadería de Irving solía estar húmedo. La tienda tenía un ambiente como de piscina. No había estanterías en las paredes y todo era blanco. Cerca de la entrada había dos depósitos con peces vivos, en los que caía continuamente el agua. El delantal de Irving estaba siempre mojado y rojo de sangre de pescado. Era un hombretón jovial.

—¡A los buenos días, señora! —dijo a mi madre cuando entrábamos. Estaba escamando un gran pez pardusco, y las escamas volaban por el aire y algunas se pegaban a sus gafas como si fuese nieve—. ¿Qué tal, rubiales? —Eso iba por mí.

—Quiero salmón, Irving —dijo mi madre—, pero sólo si no es muy caro.

Irving salió de detrás del mostrador, descolgó de la pared una

red con un pequeño mango y la pasó por el oscuro depósito, donde pude ver las sombras de varios peces que se escabullían llenos de pánico. Parecían de lo más escurridizo, pero a los pocos segundos Irving había sacado uno que se retorció en la red chorreando agua.

—Le he guardado esta preciosidad —dijo a mi madre.

Puso de golpe el salmón sobre el mostrador y lo mantuvo apretado contra el bloque de madera con una mano mientras con la otra le atizaba en la cabeza con un pesado mazo de madera. El pez se quedó quieto. Era admirable la rapidez de aquellas manos. Mi madre volvió la cabeza, pero yo vi cómo Irving cortaba la del pez con uno de sus largos cuchillos, le sacaba las vísceras, lo lavaba debajo del grifo y lo cortaba en filetes. Ahora sí reconocí que se trataba de un salmón.

Nuestra última parada fue la farmacia de Rosoff, en la esquina de la avenida Morris. En el escaparate había grandes tarros de cristal con líquidos rojos y azules; yo no tenía ni idea de lo que pretendían sugerir, pero me encantó el efecto del sol al iluminar sus colores. Había también un mortero con su mano de metal, que sí sabía bien para qué servía porque mi abuela tenía uno igual que utilizaba en la cocina para machacar nueces y semillas. Había también varios objetos misteriosos de goma roja. Dentro de la tienda respiré un ambiente de jabones fragantes y medicinas amargas, vendas enrolladas y calmantes, sosas, sales y tinturas. A lo largo de las paredes había vitrinas que llegaban hasta el techo, de metal decorado. Mister Rosoff alcanzaba los últimos estantes gracias a una escalera sobre raíles que hacía rodar a lo largo de la pared. Subía por ella en busca del utensilio de porcelana o el frasco, caja, paquete o lata que quería el cliente. Era un tipo diminuto de muy buen carácter, con la cara redonda y la voz suave. Preguntó cortésmente por la salud de toda la familia, y en especial de mi abuela, sacudiendo la cabeza con simpatía mientras mi ma-

dre se lo contaba. Llevaba una bata blanca de manga corta, almidonada y abotonada hasta el cuello como la de un médico, y podía, en efecto, prestar atenciones médicas, como la de sacarte las cosas que se te metían en los ojos, separándote el párpado y extrayendo la mota molesta con un trocito de algodón. A mí me lo había hecho.

Mi madre compró algo, una caja que mister Rosoff colocó con toda precisión en el centro de una hoja de papel de envolver de color verde oscuro que había cortado de un gran rollo que tenía sobre el mostrador. Sus gordezuelas manos se movían en torno a la caja como si revoloteasen y en cuestión de segundos el papel verde estaba doblado sobre la caja, remetido por las esquinas, triangulado en los extremos y atado con cuerda blanca de un carrete que colgaba del techo encima de su cabeza. Para romper la cuerda se la enrolló en ambas manos y dio un fuerte tirón.

Cuando nos fuimos, pregunté a mi madre qué había en la caja. No quiso decírmelo.

—No es cosa tuya —dijo.

Pero yo insistí. Ya no me quedaban pipas ni centavos.

—¿Qué has comprado? Dímelo. —Ella siguió andando—. Dímelo —lloriqueé.

—Ah, cállate. Son paños higiénicos. ¿Estás satisfecho?

No lo estaba porque no sabía qué eran paños higiénicos, pero por su tono supe que se había acabado mi cupo de preguntas, de modo que no continué.